

JUAN ALFREDO CASAUBON, *Palabras, ideas, cosas. El problema de los universales*. Prólogo de Octavio Nicolás Derisi. Ediciones Cándil, Buenos Aires, 1984, 240 pp.

La redacción primitiva de esta obra data de más de cuarenta años atrás. Solamente una de sus secciones había sido publicada antes de ahora (cfr. "Crítica del conceptualismo": *Revista de Filosofía* [La Plata] II [1951] 27-56; pp. 146-179 de la edición actual). No obstante, el autor se ha servido largamente del texto de este libro en sus enseñanzas de lógica y teoría del conocimiento a partir de 1949, tanto en la Universidad Nacional de La Plata como en la Universidad Católica Argentina. Corresponde, pues, saludar su aparición, no sólo por el contenido especulativo que trasuntan sus páginas, sino también porque se trata del fruto maduro de quien, a justo título, se ha convertido en uno de los filósofos argentinos de mayor rigor sistemático en asuntos concernientes a la filosofía teórica. Tres capítulos integran esta obra, que posee una estructura similar a la de una disputa escolástica.

El capítulo I (pp. 13-35) es una presentación del problema de los universales en su doble aspecto histórico y teórico. El significado de la voz *universale* ocupa el primer lugar en la consideración, advirtiéndose con razón las dificultades existentes para la conciliación entre tal significado y la etimología del vocablo (pp. 13-17). Sigue a ello la puntualización de la inteligencia real del universal y su división (pp. 17-28). La división y la clasificación de los universales, en efecto, es de máxima importancia para el desarrollo de una teoría que pretenda evitar toda confusión en esta materia. Hay cinco tipos de universalidad: el universal *in significando*, el universal *in repraesentando*, el universal *in praedicando* o *in essendo*, el universal *in causando* y el universal *in obligando*. Pero es evidente que el universal *in praedicando* o *in essendo* constituye el foco de interés principal de la versación filosófica. No en vano en él se ha concentrado el grueso de los pronunciamientos ventilados en la frondosa querrela histórica iniciada ya en la aurora griega del saber científico. Sin embargo, el desconocimiento o el olvido de esta división de los universales ha suscitado múltiples inconvenientes que, con frecuencia, redundaron en la proposición de innumerables errores. De ahí la imposibilidad de admitir buena parte de las posturas de Jevons y de los cultores de la lógica simbólica, no menos que las de ciertos pensadores que no acabaron de precisar el sentido de esta división (Cassirer, Grau, Pfänder, Romero, Pucciarelli).

En el capítulo II (pp. 39-120) se investiga la formulación del problema de los universales y los intentos de resolverlo. Adhiriendo a la línea del tomismo acaudillada por Juan de Santo Tomás, Domingo Linze y Gredt, Casaubon adopta la siguiente definición del universal: "Algo uno, capaz de ser en muchos, por identidad con ellos, y, por tanto, de ser predicado de ellos" (p. 39). Esta definición es conforme a las doctrinas de Aristóteles y del Doctor Angélico, como se lo prueba mediante el recurso a abundantes citas de ambos maestros. Páginas más abajo (49-50), se reduce el problema a una enunciación exacta de la aporética lógico-metafísica en él escondida. Este detalle es fundamental, pues la posición correcta y exhaustiva de la cuestión, que el autor vierte en interrogantes precisos, es el punto de partida de cualquier propósito ordenado a aportar una solución seria y satisfactoria del problema convocante de nuestra atención. A nuestro entender, si la aporética señalada por Casaubon hubiese estado a la vista de todos quienes han intervenido en la prolongada polémica en torno a los universales, muchos hubieran vacilado en sostener una porción considerable de pseudo soluciones, tales como han arribado a nuestro conocimiento. En adición a ello, interesa destacar el recuento de las tendencias vinculadas a esta contro-

versia (pp. 50-63). El autor amonesta aquí a no caer en simplificaciones que desnaturalicen los mensajes de esos movimientos, porque la mera rotulación de los *ismos* más descollantes no es un buen expediente para compenetrarnos de la espesa madeja campeante en la discusión histórica habida después de Porfirio. Causabon concuerda con Carl Prantl en lo intrincado que se nos ofrece reunir todo el espectro de teorías sobre los universales en un bosquejo apretado, especialmente cuando se pasa revista a la querrela agitada en la Edad Media. Tampoco es fácil encasillar numerosos autores dentro de aquellas tendencias, pues muchos de ellos no sólo han sostenido opiniones intrínsecamente contradictorias, sino que, además, todavía continúan resistiéndose a ser englobados en compartimientos demasiado estrechos para syndicar sus genuinos legados teóricos acerca de los universales.

El capítulo III (pp. 123-237) comienza con la refutación de los errores esparcidos alrededor de este asunto. Desfilan en él las propuestas salientes del nominalismo (pp. 123-145) y del conceptualismo (pp. 146-179). Es el conceptualismo, para el caso, la veta que más atrae al espíritu crítico de Casaubon, quizás porque en él se ubican los pensadores de mayor fuste en toda esta controversia, de donde dedica amplio espacio a las tesis de Ockham, de Suárez y de Kant, que reputamos como algo de lo mejor que se haya escrito al respecto desde el enfoque tomista. Un párrafo aparte merece el examen de la fenomenología de Husserl, en quien se aplaude la confutación de diversos ensayos nominalistas encubiertos en varias direcciones del pensamiento moderno y contemporáneo, pero al cual cabe criticar su "objetivismo de lo ideal" (pp. 179-187); una crítica donde Casaubon, retoma y ahonda sus meticulosos estudios de la ontología, la lógica y la noética husserlianas publicados desde casi cuatro décadas atrás. Después de una censura del realismo exagerado (Platón, Guillermo de Champeaux), el autor concluye exponiendo la síntesis del realismo moderado de Aristóteles, Santo Tomás y el neotomismo a través de un resumen pleno de sugerencias denotantes de una inusual penetración filosófica (pp. 194-214). El libro se cierra con un panorama de la relevancia de la temática de los universales en la lógica, en la ciencia natural, en la filosofía primera y en la ética (pp. 214-237).

No podemos clausurar este comentario sin aludir a un hecho que algún lector, tal vez, habrá de estimar como un defecto de la obra de Casaubon: las referencias escasas a la literatura del último medio siglo, o, si se prefiere, una cierta desactualización de lo concerniente al *status quaestionis* relativo a los universales. Pero una apreciación de esta índole no hace mella al trabajo reseñado, pues hay tres motivos llamados a neutralizarla. En primer lugar, como se dijo en un principio, estamos frente a un escrito originado hace ya algún tiempo. En segundo lugar, es evidente que la ausencia de muchos nombres que quizás se extrañen (Bolzano, Brentano, Bergson, Lavelle, Heidegger, Popper, etc.) está suficientemente compensada por un elemento digno de nota: las contribuciones de estos pensadores, a la postre, es reductible a las consignadas en el texto. En tercer lugar, por fin, importa marcar que la intención del autor es primordialmente especulativa y no historiográfica, ya que le ha animado en todo momento proveer una solución al problema de los universales *secundum veritatem*, sin reparar más de lo necesario en el acopio de opiniones, las cuales, entre otras cosas, suman una multitud virtualmente inabarcable en cualesquiera de las monografías advenidas a nuestras manos.

*Palabras, ideas, cosas* es un libro destinado a figurar con gallardía entre los tributos argentinos a la filosofía, siendo de anhelar que la enjundia de los juicios allí volcados no sea enturbiada por el desdén general que hoy se destila hacia las expresiones más auténticas de la vida especulativa.